



Mariano González Campo, *Meditaciones entre los sepulcros*, Madrid, Miraguano Ediciones, 2016, 109 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.22.2020.497-501>

Este volumen de unas cien páginas, acompañado de separata (de trece páginas) con un breve estudio introductorio sobre la obra más emblemática de James Hervey (1714-1758), nos llega de la mano de Miraguano Ediciones, en su colección Libros para los Malos Tiempos. Se trata de una pequeña editorial y librería madrileña que ofrece un interesante catálogo caracterizado por el gusto por lo alternativo y lo minoritario, por la espiritualidad, el orientalismo y el descubrimiento en todas sus acepciones. Encontramos entre sus diversas colecciones un compendio de textos de la tradición zen, que incluye en torno a una treintena de libros y traducciones del maestro budista español Francisco Dokushô Villalba (1956-). Junto a todo ello, un compromiso con la ecología que se expresa en la publicación de trabajos de los estudiosos José Antonio Pascual Trillo y Xavier Domenech Antúnez, entre otros; y textos de medicina alternativa de corte oriental.

Su colección Libros de los Malos Tiempos constituye un corpus diverso marcado prominentemente por un interés en la recuperación de textos antiguos del norte de Europa y de Asia, incluyendo una rica selección de sagas nórdicas, leyendas populares, y, en general, documentos que nos llevan, a través de las brumas del tiempo, a lugares remotos e inesperados. Una colección recogida, sin duda, con mimo, con entusiasmo, y con buen gusto. Es precisamente aquí donde encontramos las prerrománticas meditaciones de James Hervey en torno a la muerte y la futilidad de toda vida aferrada a la materia y a lo perecedero, en una convincente traducción de Mariano González Campo.

El traductor González Campos, se forma en la Universidad de Murcia y en la Universidad de Islandia, y realiza su doctorado en Traducción e Interpretación en la Universidad de Valladolid. Su especialidad, como traductor y bibliógrafo, es la literatura y la ficción tardomedieval escandinavas (siglos XIII, XIV y XV). Ha traducido especialmente del nórdico antiguo y de algunas de sus variedades dialectales (antiguo gútnico, feroés), del islandés y del inglés. A González Campo se le debe la traducción al castellano de sagas nórdicas medievales, poco conocidas en nuestro país, y aún menos traducidas. Su labor traductora incorpora tanto algunas de las

llamadas sagas legendarias (*Saga de Bósi*, *Saga de Hervör*), como las *riddarasögur* o sagas de caballerías (*Saga de Teodorico de Verona*, *Historia de Campo Florido*). Estas sagas de caballería son en origen cantares de gesta franceses, alemanes o anglonormandos que, hacia la Baja Edad Media, fueron traducidos o adaptados al nórdico antiguo. En nuestro país, Mariano González Campos es traductor de referencia de estos materiales, precedido tan solo por la traducción de la versión nórdica de Tristán e Isolda, de la pionera mano de Alfrún Gunlaugsdóttir en 1978.

A González Campos le debemos igualmente una versión castellana de la tragedia de Loftur, el Fausto islandés concebido por el dramaturgo Jóhann Sigurjónsson (1889-1919), y las aportaciones que el polifacético artista Þorvaldur Þorsteinsson (1960-2013) realizara a la literatura infantil, en las fantásticas historias de Bliðfinn (*Puedes llamarme Bubu*, *Traigo un mensaje para Bubu*). Ha traducido también el relato de Ibn Dihyah sobre los contactos del embajador andalusí Al-Ghazal con los pueblos vikingos en el siglo IX. En relación con este mismo tema, traduce del inglés al castellano los trabajos del controvertido historiador y político William Edward David Allen (1901-1973) y del arabista Abdurraman A. El Hajji sobre la embajada de Al-Ghazal durante el periodo de los Omeya. Cabría destacar también la labor bibliográfica de González Campo, en especial su actualización y extensión de la «Bibliographia Normanno-Orientalis» (1974), de S. Wikander.

Las *Meditations among the Tombs* (1746) de James Hervey constituyen una aportación a la llamada Graveyard School of Poets; y una aportación singular en tanto que se trata de un trabajo no en verso sino en prosa. Escrito de acuerdo con la crítica especializada bajo la influencia de los *Night Thoughts* (1742-1745) de Edward Young, y el poema *The Grave* (1743) de Robert Blair, estas meditaciones entre las tumbas conforman tan solo una de las secciones de la antología *Meditations and Contemplations*. El volumen fue editado y reeditado en numerosas ocasiones –McKillop (1949) hablaba de unas cincuenta ediciones, aunque Parisot (2014) más recientemente reporta veintiséis–, en Gran Bretaña y los Estados Unidos América, antes de que acabara el siglo XVIII, lo que da cuenta de la popularidad alcanzada por Hervey en su tiempo. Aunque sería injusto considerar al clérigo inglés exclusivamente un seguidor menor de la moda sepulcral –sus meditaciones sobre la muerte, independientemente del estilo, constituyen un tratado religioso (McNamara y McIlvenna, 2014: p. 1)–, lo cierto es que tuvo que compartir con los poetas del cementerio el rechazo, a veces incluso la sátira, de la crítica de la época. También es cierto que quien recuerda a Hervey a

partir del siglo XIX tiende a recordar las meditaciones entre las tumbas y a olvidarse de lo demás. Como cierto es, por último, que son muy pocos los que hoy en día se acuerdan de Hervey en absoluto (Parisot, 2014: 121).

Esta es la primera vez que las meditaciones fúnebres de Hervey son vertidas al castellano en una traducción rigurosa –Gorriño y Arduengo publicó en Méjico una recreación del material a principios del siglo XIX–. La traducción de González Campos resultará de interés, por supuesto, a todos aquellos interesados en el ejercicio de la traducción *per se*; pero también a los interesados en las raíces del movimiento romántico y de la literatura gótica. A Hervey se le considera habitualmente un precursor del romanticismo en Gran Bretaña. Le separa del auténtico romanticismo la ortodoxia de su cristianismo, de tal suerte que el romanticismo que brota de su pluma se acaba disolviendo en un posicionamiento religioso sin residuo alguno de la rebeldía propia de un ego romántico.

Sirva como ilustración de lo dicho uno de los párrafos iniciales de las meditaciones: «In a situation so retired and awful, I could not avoid falling into a train of meditations, serious, and mournfully pleasing. Which, I trust, were in some degree profitable to me while they possessed and warmed my thoughts» (p. 1). La cita procede de una edición de 1816, de Brightly y Kinnersley, que no difiere en lo relativo a este párrafo de la empleada por González Campo de 1807. En ella, nos encontramos de inmediato con las características románticas de este sujeto que *cae* involuntariamente en las meditaciones, como en un trance fortuito sobre el que no tiene control, y que, literalmente, le posee. Sus meditaciones son serias, pero además son oscuramente placenteras. González Campo aquí introduce una cierta ambigüedad que debilita, a mi modo de ver, la naturaleza romántica de ese «mournfully pleasing» de Hervey al traducirlo como reflexiones «tristemente gratas». No es que resulte triste que las reflexiones sean gratas, como podría sugerir la fórmula del traductor español, sino más bien que las meditaciones se presentan con una polaridad compleja: pesarasas y, al mismo tiempo, gozosas. Curiosamente, en el texto original de 1746 no hay ni rastro de esta compleja polaridad romántica; en su primera versión las meditaciones son directamente serias, y beneficiosas tanto para el autor como para la dama a la que dedica y dirige la obra. Llama la atención que el párrafo se haya romantizado en las versiones más recientes del siglo XIX; no repara en ello nuestro traductor.

De hecho, echamos en falta en la edición de González Campos un elemento académico algo más desarrollado. Observamos, por ejemplo, que las notas al pie de página realizadas por Hervey en 1746 pero eliminadas en

las ediciones posteriores de Brightly y Kinnersly también están ausentes de la traducción de González Campo. El lector académico interesado en la obra de Hervey bien podría echar de menos este material en tanto que con frecuencia ilumina el modo de pensar, las interpretaciones y los motivos del clérigo inglés. Habida cuenta de que González Campo se ha servido, según su propio testimonio, de una versión de 1807 de Brightly y Kinnersley y también de la original, el presente lector no puede evitar pensar que el traductor ha perdido una interesante oportunidad de reflejar, mediante el aparato de comentarios y anotaciones habitualmente a disposición del editor, la interesante evolución que sufre el texto de Hervey, desde una edición algo más sobria y académica, la primera, a una edición romantizada y popular, desprovista de las densas reflexiones del autor en las notas al pie. La versión de 1807, que es la que mayoritariamente ha empleado el traductor, resulta ciertamente más cercana y accesible para el lector no académico; y también resulta más sencilla para el traductor; además de la mencionada ausencia de notas, el traductor evita ese quebradero de cabeza que es el empleo de mayúsculas y cursivas en el estilo de Hervey y de otros escritores de su tiempo, ya abandonado a la vuelta del siglo.

Para un lector no especializado de nuestro tiempo, las fúnebres meditaciones de Hervey también resultan, a mi modo de ver, relevantes y oportunas. Es posible que muchos lectores de hoy no se sientan interpelados por la intensa religiosidad de estas páginas, ni por su índole rigurosamente cristiana. Pero, por otro lado, al mundo de exterioridades en el que habitamos, probablemente no le vendría del todo mal atender de vez en cuando al recordatorio que hace Hervey acerca de la futilidad de las cosas materiales y de lo absurdo de la fijación mundana con la fama, la popularidad y la influencia. En una sociedad en la que hacemos lo posible por vivir de espaldas a la muerte, y en la que expulsamos sistemáticamente el camposanto a las afueras de la urbe, quizá no esté de más, a manera de contrapunto liberador, aceptar esta invitación de Hervey a pasear con la imaginación entre los muertos.

Por lo demás, es de justicia decir que la traducción de Mariano González Campo es más que correcta. El traductor sortea con soltura, y con una destreza que solo se alcanza con la experiencia, las muchas dificultades que un estilo exuberante, prolijo y preciosista como el de Hervey plantea tanto a lectores como a traductores. En el extremo castellano del proceso nos encontramos con un texto de lectura agradable, que fluye en nuestra lengua con aparente facilidad y sin muestras de forcejeo; rico en expresión, variado en formas, y sin embargo consistente desde un punto de vista estilístico.

Encontramos el trabajo además en una edición manejable y de agradable lectura, muy oportunamente ilustrada con dibujos de William Blake.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Hervey, James (1816), *Meditations and Contemplations*. Bungay, Suffolk, Inglaterra, Brightly and Childs / T. Kinnersley.

McKillop, Alan Dugald (1949), «Nature and Science in the Works of James Hervey», *The University of Texas Studies in English*, 28, pp. 124-138.

McNamara, Rebecca F. y Una McIlvenna (2014), «Medieval and Early Modern Emotional Responses to Death and Dying», *Parergon*, 31 (2), pp. 1-10. DOI: <https://doi.org/10.1353/pgn.2014.0078>.

Pariset, Eric (2014), «The Work of Feeling in James Hervey's *Meditations among the Tombs* (1746)», *Parergon*, 31 (2), pp. 121-135. DOI: <https://doi.org/10.1353/pgn.2014.0073>.

ENRIQUE CÁMARA-ARENAS
Universidad de Valladolid
ecamara@fyl.uva.es